

“Gaza: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?”, Prof. Gadi Algazi, Universidad de Tel Aviv, 27.7.2025

Introducción

Hola a todas y todos, y bienvenidos a *Ojos sobre Gaza*. Entramos en la sexta semana de nuestros encuentros diarios, un espacio que combina protesta con aprendizaje. Parece que las manifestaciones crecientes contra el hambre generalizado e inhumano en Gaza comienzan a dar algún resultado, aunque sea poco y demasiado tarde.

Muchos de nosotros pasamos el fin de semana en diversas manifestaciones y protestas, y hoy comenzó una huelga de hambre simbólica de tres días organizada por el “Comité de Seguimiento Superior de la ciudadanía árabe en Israel”, con un plantón en Jaffa al que muchos de nosotros nos estamos sumando de una u otra manera. Quisiera también reconocer la contribución modesta pero importante de todos los presentes aquí: elevar el debate, hacer oír nuestras voces y lanzar un llamado claro e inequívoco para detener la matanza, el asesinato y la eliminación de Gaza.

Hoy tenemos el honor de recibir al profesor Gadi Algazi, historiador de la Universidad de Tel Aviv, veterano activista político y destacado intelectual público. Le pedimos que nos ayude a confrontar lo inconcebible y a tratar de entender cómo hemos llegado hasta este momento. Gadi hablará durante ocho minutos, y después dejaremos tiempo para una breve discusión. Como siempre, recuerdo que quien desee hacer una pregunta puede escribirla en el chat, y yo la leeré al final de su intervención. Gadi, muchas gracias por acompañarnos. La palabra es tuya.

Conferencia

Gracias. Saludos a todas y todos. Intentaré no extenderme demasiado; hay reglas. Pero permítanme empezar señalando que la misma pregunta que me pidieron abordar —¿cómo llegamos hasta aquí?— tiene algo de desesperanzador, incluso teleológico. Nos pide explicar el camino, pero no sugiere cómo salir de él. Aun así, vale la pena examinarlo, y trataré de resumir mi argumento de la forma más sencilla posible.

La verdad es esta: con Gaza, hay guerra desde 1948. Setenta y cinco años de guerra. A veces de baja intensidad, a veces con treguas, a veces con cercas, a veces con bombardeos. Pero Gaza es la encarnación más dura y chocante del conflicto —del lugar en que nos encontramos y de la tragedia palestina.

¿Por qué? Porque “la Franja de Gaza”, tal como la conocemos —la palabra misma, “franja”, ese término absurdo— es una creación directa de 1948. Desde ese momento, dentro de la Palestina histórica —llámenla Tierra de Israel, llámenla Palestina, no importa— surgió el campo de refugiados más grande de todo su territorio. Más grande que Jenín, más grande que cualquier otra concentración de refugiados palestinos. Aproximadamente dos tercios de la población de Gaza eran refugiados de la mitad sur del país, junto con un tercio de los habitantes originales. Gaza es 1948. 1948 mirándonos a los ojos. Y lo que se desarrolla ante nuestros ojos hoy es un intento de borrarla, de borrar 1948 —no confrontando la Nakba, sino intensificándola. No cabe duda de que lo que vemos ahora, en muchos sentidos, es mucho peor que cualquier cosa que haya sucedido antes.

La escala de destrucción no solo aniquila el futuro —haciéndolo parecer casi imposible—, sino que también reduce el pasado a una mera nota al pie. ¿Qué importa que en 1956 se produjeran dos masacres en Gaza? ¿Qué importa que los soldados de Ariel Sharon recorrieran las calles con látigos, golpeando a la gente y encerrándola con alambres de púas? Por supuesto, esta no es la forma más útil de mirar la situación. El camino que nos trajo hasta aquí es, precisamente, lo que debemos enfrentar si queremos imaginar una salida. Desde 1948, Israel ha lidiado con la pregunta de qué hacer con esta herida abierta. Una opción ha sido conquistar Gaza y controlarla militarmente. Pero eso requiere que Israel gestione la vida de cientos de miles de refugiados sin voz —algo que nunca quiso hacer. Una segunda opción ha sido construir una prisión: encerrar a Gaza, sellarla por distintos medios. Esto se intentó en los años setenta. Una tercera opción, tentadora, ha sido hacer desaparecer a la gente.

Aquí hubo intentos tanto extremos como absurdos. Planes para repartir dinero, enviar personas a Argentina, incluso consultas sobre si los trabajadores palestinos podrían ser aceptados como *Gastarbeiter*, “trabajadores invitados”, en Alemania durante los años sesenta. Pero también se tomaron medidas mucho más duras: intentos de expulsar a decenas de miles de personas. De hecho, al menos 50.000 fueron expulsadas durante y después de junio de 1967. Tras la guerra, Israel se encontró gobernando Gaza y enfrentó rápidamente una guerra de guerrillas intensa, dirigida por grupos de resistencia clásicos arraigados en los campos de refugiados. Una guerra brutal, que también se dirigió contra civiles —pero una guerra sin parangón con lo que sucedía en Cisjordania. Porque en Gaza la gente recordaba la ocupación de 1956. No tenían ilusiones. Y porque la resistencia allí tenía una base social profunda en los campos de refugiados.

Israel necesitó cuatro años de campañas militares duras para someterla —esta fue la obra de Ariel Sharon, y terminó en 1972. Y así empezamos de nuevo: surgen nuevas ideas sobre cómo “deshacerse” de la gente de Gaza —80.000, 100.000, 120.000. Se hablaba de 150.000. Todos estos intentos fracasaron. Israel osciló entre dos alternativas: la normalización —permitir que los trabajadores gazatíes trabajaran en Israel, la “integración”, como se llamaba, con hijos y nietos de los refugiados de 1948 construyendo literalmente Tel Aviv— o, alternativamente, cercar Gaza. Sharon hizo esto mediante cercas, creando el “Saliente de Rafah”, estableciendo Yamit, destinado a formar una cadena en el sur junto al “perímetro de Gaza” construido después de 1950. Otra opción era dejar que Gaza se pudriera, dejar que la gente se hundiera en la miseria de la Franja. Los llamados planes “Gaza Primero” comenzaron a finales de los años setenta y principios de los ochenta, y eventualmente condujeron a la creación de la Autoridad Palestina, un arreglo que, por supuesto, colapsó.

En esencia, esa es la historia. Nunca hubo muchas opciones, porque todo el pensamiento giraba en torno a cómo deshacerse de los refugiados o, en el mejor de los casos, cómo gestionar su miseria. Ya se llamara “Gaza Primero”, “autonomía”, “Autoridad Palestina”, o finalmente el gobierno de Hamás, el resultado era inevitable: una explosión. Una serie de explosiones. No voy a enumerar todas las operaciones militares, pero cada una fue una renovación de la guerra, y en cada una los civiles fueron las víctimas. El lugar donde nos encontramos ahora es, por lo tanto, producto de setenta y cinco años, y especialmente de las últimas dos décadas, en las que Israel ha intensificado su guerra contra Gaza: mediante el hambre, el “contar calorías”, limitando la cantidad de lápices que podían usar los niños, el control absoluto del agua y el envenenamiento progresivo de los medios de vida, y mediante repetidos ataques militares. El resultado ha sido una barbarización: nuestra propia barbarización y la de las víctimas de Gaza. Una barbarización que se profundiza de una operación a otra, hasta la actual.

Y cuando miramos lo que sucede ahora, es importante recordar: incluso aquellos que aplauden y no pueden imaginar otra cosa que no sea la desaparición de Gaza —los propios israelíes— también son producto de este proceso, al igual que los gazatíes. Lo que estas guerras interminables —estas operaciones de “cortar el césped”— han hecho es normalizar el asesinato bárbaro de mujeres y niños, en 2009, en 2010, en 2014, y en los años intermedios, hasta la guerra actual.

Si nos damos un poco de distancia, debemos ver estos innumerables episodios como parte de una única guerra larga e interminable. La pregunta fundamental, por lo tanto, no es solo cómo detener el fuego ahora, no solo cómo frenar la carnicería por cualquier medio posible. La pregunta más profunda es: ¿cómo podemos construir un futuro diferente?

A mi juicio, tal futuro solo puede construirse sobre el reconocimiento: reconocimiento de la profundidad de esta larga guerra, reconocimiento de 1948, reconocimiento de los derechos de los refugiados. Reconocimiento de que, a menos que imaginemos un futuro humano basado en los derechos humanos más básicos de los demás, no podemos esperar que los palestinos reconozcan nuestros derechos como israelíes, como judíos. No, no todos tienen que quedarse en Gaza. Se puede reconocer también su derecho al retorno. Sé que hoy esto suena imposible, impensable. Pero aun así, debemos tratar de imaginar cómo podría ser el futuro —más allá de una guerra que se arrastra, que estalla nuevamente después de cada tregua o que se escala hasta una catástrofe como la que estamos viviendo ahora.